

por todos los medios trata de aparentar mejor vida de la que lleva y que aparece en el baile de disfraces del desarrollo con tecnocráticos atuendos de empresarios agrícolas, de ejecutivos de delegaciones de empresas catalanas o inversores de Telefónicas». Esta Andalucía tradicional sujeto paciente de tantos raids propagandísticos hechos «a golpe de discurso» y que por debajo de las máscaras de hoy tan semejante se mantiene a aquella otra del José María Blanco White encarcelado por Menéndez Pelayo, rescatado por Llorens, Garnica y Goytisolo, y glosado aquí por Antonio Burgos, natural y vecino también de esta Sevilla que no acaba de salir de una noche como aquella que por vez primera vio el Adán de «Mysterious night». ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

ARTE

La galería Aele, que desde que se fundó, hace ya un año, mantiene bien izada la bandera de la cultura de la América del Sur en Madrid, tiene abierta ahora una exposición de ocho artistas venezolanos. Eso de que en Madrid haya una galería exclusivamente dedicada al arte de aquellas tierras se lo debe mos a la chilena Carmen Waugh, a la cual tenemos que agradecerse.

Ocho artistas venezolanos

Me parece que el único nexu unitivo de esos ocho artistas es sólo el dato que ya figura en su pasaporte: el de ser todos ellos venezolanos. A dos de ellos ya los

conocía yo: a Mercedes Pardo, a la que conocí en París hace algunos años, llevado por Vigas. Si no equivoco mi identificación, allí vivía con su esposo, el también pintor venezolano Alejandro Otero. El otro conocido era, claro, Vigas.

Osvaldo Vigas —a mí me gusta escribirle su nombre así, con una «v» sencilla— llegó a ser «agregado cultural» de su país en París, pero en los doce años que permaneció allí fue mucho más que eso: fue, a título personal y gracioso, embajador de la cultura de nuestra lengua en París. Osvaldo tenía allí resortes para todo, y no porque en alguna ocasión hubiese tenido un cargo diplomático, sino porque siempre fue un gran amigo de sus amigos y a todo el mundo hacia beneficiario de su simpatía arrolladora.

Me ha dado alegría volver a ver sus cuadros, porque, claro, se han transformado con el paso del tiempo, pero continúan siendo de él. A través de los años, los he visto evolucionar y seguir fieles a su generatriz inicial... Vigas iba adquiriendo conocimientos que, ciertamente, incidían en su forma, pero continuaba virgen su núcleo germinativo. Traía de su tierra venezolana una especie de núcleo indestructible y permanente. Sobre eso se superponían sus ideas adquiridas, de manera que la pintura de Vigas había conseguido unificar lo que siempre pareció definitivamente adverso: el vegetalismo y la geometría —sus ideas y su naturaleza, lo que era y lo que pensaba—. No pudo evitar nunca que su fermento nutritivo aflorase en él por encima de su conocimiento casi científico —no hay que olvidar que era un médico, un hombre de ciencia—. Pero lo que verdaderamente importaba en él es que todo eso —su

pensamiento y su vida, lo que era y lo que pensaba, su ser y su estar— había sabido transformarlo en pintura y a floraba en él armónicamente, pictóricamente, como si no hubiese tenido que afrontar, y que vencer, una contradicción: eso que yo llamo a veces «contradicción creadora».

A Mercedes Pardo —creo que era ella— la conocí en su casa de París, con su marido, Alejandro Otero, introducido, claro, por Vigas. También ella ha permanecido fiel a un sentido «concreto» del arte, realizado en grandes estructuras formales, sin modulación cromática alguna. Lo peculiar de ella —ahora por lo menos, cuando vuelvo a ver su obra— es que el dictado geométrico no le impone ninguna normativa y que sus cuadros parecen más organizados por una analítica espacial que por una organización puramente óptica.

A los otros seis no los conozco más que por «esas» obras que tienen ahí, en la galería Aele. Parece que no, pero ese cotejo entre lo que hacían y lo que hacen es bastante decisivo para establecer un diagnóstico mínimo de su dirección pictórica. De todas maneras...

José Antonio Dávila pretende, sin duda, ser el intérprete de una serie de realidades de hoy, a las cuales antologiza en ese personaje al cual Keyserling señalaba como nuestro prototipo, el «hombre-chófer» que para él es el conductor de los monstruos de nuestras carreteras. Para expresar a ese personaje de hoy, Dávila escoge a una estética muy de hoy, la de los llamados «comics». No es que Dávila trate de exaltarla: es que trata de señalarla como característica de nuestra expresión más habitual. Doménico Casasanta, que, como su nombre indica, tiene un origen

italiano, es, precisamente por eso, un venezolano típico. Es venezolano incluso por la preocupación «concreta» de su escultura. Escultura concreta, ciertamente, pero mucho más «óptica» que puramente espacialista o experimentalista del espacio. Una serie de formas insinuadas, nucleadoras de sus objetos-esculturas, emergiendo visualmente de una teoría serial de sus formas permanentes...

Teresa Casanova es más una plasticista que una pintora «concreta». Recuerdo ahora, muy especialmente, de ella, un cuadro perfectamente cuadrangular, en el cual se inscribe una forma perfectamente circular, dentro de la cual se exhiben angulaciones muy precisamente «mondrianescas».

Francisco Narváez, que tendrá ahora setenta años, sorprende por la densidad juvenil de su experimentación. El opone la dualidad Naturaleza-geometría de una manera drástica: no —como Vigas— de una forma casi inconsciente, sino con toda deliberación. El busca contrastar su construcción con la creación, en donde lo último asume la irresponsable organicidad de la Naturaleza...

Alirio Rodríguez, por lo que puedo verle, trata de constatar, no de analizar, el carácter vorticista del dinamismo. Y lo expresa oponiendo la imprecisa curvación de la dinamicidad misma a la estaticidad recta de lo que es permanente.

En fin, Nax Pedemonte insinúa en su obra a un artista «pop» en ciernes. Lo insinúa, pero... A él lo que le interesa fundamentalmente es señalar el contraste entre las formas discretamente «orgánicas» de un fragmento de juguete, y las formas más o menos estructuradas de una geometría sometida a la acción demiúrgica del carpintero... pero de alguna manera también libres de esa coyunda.

Taller Ediciones JB

COLECCION TALLER DOS

NOVEDAD «SERIE: CINE»

carlos saura

DE ENRIQUE BRASO

350 páginas 315 grabados

- Introducción histórica.
• Biografía de Carlos Saura.
• Estudio crítico y entrevistas sobre cada una de sus películas.
• Filmografía y bibliografía.
• Análisis visual de cada uno de sus films: 315 grabados.

EN TODAS LAS LIBRERIAS

Taller Ediciones JB

ambrós, 8 madrid-28 teléfono 255 12 66

SUBASTA EN DURAN PARA ALUMNOS DE BELLAS ARTES

En la Sala Durán, de Madrid, y a fin de recaudar fondos para el viaje fin de carrera de los alumnos de Bellas Artes, se celebrará los días 22 y 23 de marzo, a partir de las ocho de la tarde, una importante subasta. Entre los artistas, más de 200, que han donado obras para esta subasta figuran algunos tan conocidos como Alcalá, Orcaño, Urculo, Dario Villalba, Sempere, Zobel, Lucio Muñoz, A. Ubeda, Cillero, Felto, Echaz, Amalia Avia, Fajardo, Guisjarro, Vento, Turner, etcétera, y también se halla representado, por donación familiar, don Daniel Vázquez Díaz.

GRUPO EUROPA

Las primeras ofertas de acciones de las Sociedades de Cartera del grupo Europa, Europa de Inversiones, Europa Andalucía, Europa Cataluña, Europa Centro, Europa Levante y Europa Norte, promovidas por Investing y patrocinadas por el Banco de Europa, están teniendo muy buena acogida. El grupo promotor inspira mucha confianza y está en su ánimo el seguir promoviendo empresas rentables y con claras perspectivas de expansión.

BALKAN, LINEAS AEREAS BULGARAS: UNICO VUELO SIN ESCALAS MADRID-VIENA

A partir del 4 de abril, Líneas Aéreas Búlgaras inauguran el servicio Madrid-Viena-Sofía, con vuelo semanal los jueves y único sin escalas entre Madrid-Viena. Con este son ya dos los vuelos semanales Madrid-Sofía; uno de ellos, en domingo, directo.

Pedemonte parece señalar una contradicción, pero menos. Ni la geometría es fanática, ni el organicismo es vital...
■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

En la muerte de Abel Vallmitjana

Todos los años se añaden nuevos nombres a la lista de españoles que, desde la guerra civil, mueren fuera de España. La mayoría de estos muertos en el destierro no son personajes famosos y tienen un emocionado funeral con pocas personas y del que no queda rastro. Es diferente cuando se trata de figuras internacionalmente conocidas; entonces, los medios de difusión divulgan la noticia y se ocupan del que ha desaparecido. La lista de los famosos la inauguró Antonio Machado, el último había sido Pablo Casals... Ahora la televisión italiana está ofreciendo un servicio sobre Abel Vallmitjana, pintor y escultor, polifacético artista catalán que falleció el día 22 de febrero en su casa de Tregozzano, en las proximidades de Arezzo, donde acababa de inaugurarse su últi-

dades artísticas. Concretamente, se siente atraído por el surrealismo, siendo uno de los fundadores del grupo ADLAN, en el que se reunieron los surrealistas catalanes. En 1938 partió a Venezuela, donde fue profesor de música y de tradiciones folklóricas, donde realizó gran parte de su obra y algunas de sus esculturas más famosas, donde obtuvo la nacionalidad del país. En 1949 vuelve a exponer en Europa: primero, en París, con gran éxito; luego, en Londres, junto a Chagall, una vez; junto a Tapiés otra. Participa, con los principales escultores de todo el mundo, en la gran exposición «La Escultura del siglo XX». Sus obras, pictóricas o escultóricas, se hallan repartidas por los museos y colecciones de todo el mundo. También en Londres, el año 1967, funda el grupo intrarrealista.

Vallmitjana era hombre de profundos y variados conocimientos, no se limitó a pintar y esculpir. Su capacidad artística abordó diversas formas expresivas —desde el cine o la fotografía, a la serigrafía, el grabado, la litografía...—. En la bella casa de campo donde vivía,

terchio, la de Santo Sepolcro. Admiraba a Piero, como a Juan Sebastian Bach, por la perfección y limpia construcción matemática, por la pureza de la armonía, por la inalcanzable lejanía en que estructuraron su arte abstraído. Pero también amaba lo inmediato: le gustaba la tierra, los productos de la tierra que él cultivaba; le gustaba ofrecer, junto a Clarisa, su mujer, el vino y las butifarras catalanas que él mismo hacía; le gustaba hablar con los amigos, en catalán si era posible. Pero, sobre todo, prefería trabajar, encerrarse en los estudios que ocupaban el piso superior de la casa, y metódica, concienzudamente, trabajar, lo mismo en el revelado de una película fotográfica que en la paciente composición de un libro para bibliófilos (es inolvidable el entusiasmo con que enseñaba el de los sonetos de Góngora). Y su trabajo tenía perfección técnica y afán de misterio, de eternidad; de ese misterio que alegremente y con ternura representaban el duende invisible de la villa y la maniquí-musa.

Hay dos libros fundamentales sobre su obra: «Abel Vallmitjana», de Maximilian Gauthier, publicado en París por Editions Les Gemeaux, y el que, con el mismo título, editó el Centro Internazionale del Libro en Florencia. Vallmitjana, en 1964, en el catálogo de su exposición celebrada en Venecia bajo el título de «La mujer mediterránea», describió así su quehacer artístico: «La variedad de la técnica y expresión en mi escultura y pintura no es, en forma alguna, un manierismo. Cualquiera que me acuse de búsqueda caligráfica estará errado. Ni estoy en busca de nuevos estilos ni de iniciar nuevas modas. Mi versatilidad es simplemente debida a la diversidad de estímulos y motivos que me fuerzan a trabajar. Debo confesar sinceramente que me sería imposible expresar tan diferentes inspiraciones como las evocaciones griegas y el misticismo español por los mismos

medios o de la misma forma... Esas concepciones piden sus propios medios, y yo no dudo al usarlos. Esta actitud, a despecho de errores que pueda aparentar, es con la cual estoy de acuerdo en mí mismo».

Abel Vallmitjana trabajó junto a Rafael Alberti en repetidas ocasiones, imprimiendo en los talleres de Arezzo, con minuciosidad y pulcritud, poemas caligráficos con dibujos. Alberti, quien leyó afligido, al día siguiente de la muerte de Abel, en el pequeño cementerio donde lo enterraban, los siguientes versos:

Abel: la tierra aretina se abre en flor esta mañana a tu tierra catalana tantos años peregrina. Yo también, maestro, tierra de España, he a darte tierra en mi aunque no te has ido.

Abel Vallmitjana está sepultado en un pueblito llamado Puglia, cerca de su casa, en Tregozzano. ■ **MANUEL BAYO.**



Una indagación moral

Un mundo en descomposición, y dentro de él, un personaje que intenta «conocer», «saber», «ir más allá» de los datos aparentes. Pero un personaje no libre, sobre el que gravita toda la fuerza del pasado, incapaz de asumir o rechazar plenamente una experiencia previa con cuya supervivencia se enfrenta. Nos hallamos en el centro del universo viscontiano, en el núcleo de una temática prolongada a lo largo de doce films, y de la que «Va-

que stelle dell'Orsa» se nos presenta como claro ejemplo. Rodada en el año 1964, León de Oro de la Mostra de Venecia del año siguiente, casi una década ha tardado en llegar a España una obra que en su autor se sitúa inmediatamente después de «El Gatopardo» (1963) y antes del «sketch» de «Le streghe» (1966) y «El extranjero» (1967). No se trata «Vaghe stelle...» de una de las películas-cumbre de Visconti —lugar ocupado, para mí, por su última «trilogía de la decadencia», «El Gatopardo», «Sensò» y «La terra trema», siguiendo un orden inverso al de su creación—, pero sí posee suficiente riqueza y significación como para figurar muy cerca de estos «capolavoro».

Con cierta ironía, el cineasta italiano ha definido este su octavo largometraje como «un film policíaco diferente del habitual, donde todo resulta claro al principio y oscuro al final». Partiendo del mito trágico de «Electra» es, efectivamente, una indagación donde el «investigador-acusador» se ve finalmente acusado por el mayor «sospechoso». Con motivo de la donación a la ciudad como parque público del jardín del palacio de la familia Wald Luzzatti y del descubrimiento de un busto dedicado al padre —un científico asesinado por los nazis en un campo de concentración—, Sandra regresa al ambiente de su infancia y adolescencia. Va con el propósito de aclarar definitivamente los términos en que se produjo la detención de su padre, que ella cree provocada por su madre —antigua pianista y ahora víctima de un fuerte desequilibrio psíquico— y por el amante de ésta. Sin embargo, es Sandra la que ve revivir su relación afectiva con su hermano Gianni cuando ambos se encuentran en la «mansión donde transcurrió mi infancia y donde he visto el fin de mis alegrías», de que hablaba Leopardi en los versos que dan título a la película. Y la ve revivir



ma exposición. Pasaba anualmente temporadas en Cadaqués. Abel Vallmitjana nació en Barcelona y estudió en París. De vuelta a su ciudad, alterna el artesanado —joyería, esmalte, hierro forjado, etcétera— con el arte de vanguardia, dedicándose con igual tenacidad e imprimiendo la misma exactitud y precisión a sus diferentes activi-

compartida con el poeta venezolano Miguel Otero Silva, disponía de diversos estudios, donde experimentaba distintas técnicas, nunca satisfecho con el dominio de ninguna. Abel vivía cerca de los lugares que conservan las obras maestras de su admirado Piero della Francesca: la iglesia de San Francisco en Arezzo, la del cementerio de Mon-